

y quedó la compañía
sin comprender quién podría
ser el zagalón manchego
que entre las armas del fuego
armaba la poesía.

Le entró un airón cortesano
y se vino a los madriles
con el pañuelo en la mano.
Afinó lo ciudadano,
trabajó, se hizo famoso,
y este Madrid anchuroso
que atodos nos desquijara
se le dió como una maja
prendada de Tomelloso.

El vino de los alcoholes
quedó a sus rimas sujeto.
Vivió soneto a soneto
sus afanes españoles.
La Mancha dejó sus soles
en la anchura de su sueño
y, porque es pobre, es el dueño
de sí mismo y su tesoro
gastando el oro y el moro
de su campo madrileño.

Los pintores, con la ciencia
que les da su alma de artista,
le prepararon la pista
de luz de su adolescencia.
De Carretero a Palencia,
de López Torres al cielo.
Y Eladio bebiendo el vuelo
de tanta gloria en volandas
como quien lleva las andas
y sigue pegado al suelo.

Le enseñó García Pavón
lo del pálpito y sucede
que no hay pista que no quede
pintada en su corazón.
Cervantes, desde el Casón
donde está su gloria, ve
lo que trae de buena fe;
que es llamar a Dios de tú,
y no meterse en dibú-
ni en saber vidas ajé-.